

# CON EL RUSO PERDIDO 33 AÑOS EN AFGANISTÁN

La periodista de «Crónica» logra reunirse con el soldado del Ejército Rojo dado por muerto hace 33 años. Ahora sabe que su novia lo esperó nueve años antes de casarse

**M**ÓNICA BERNABÉ / Herat  
 e pidió que le dijera cuánto dinero ingresó en el banco en Uzbekistán antes de venirme a luchar a Afganistán», explica Bakhretdin Khakimov con cierto rubor, tapándose la cara con las manos como si fuera un niño vergonzoso. Eso es lo que su hermano Sharof le preguntó por teléfono después de tres décadas sin noticias suyas, para comprobar que él era él y no un impostor. Pero no se acordaba. Tras tantos años, ya le fallaba la memoria y no tenía ni idea de cuánto dinero había depositado. «¿Pues cómo se llamaba tu novia?», le interrogó entonces el hermano dándole una segunda oportunidad a través del auricular, aunque con cierta incredulidad de que él fuera quien decía. «¡Mabuba!», respondió Khakimov, a quien se le ilumina la cara cuando pronuncia ese nombre. Mabuba no era el nombre de su novia, pero sí el de su hermana, y eso ya valió a su familia para creer que él era la persona que buscaban.

Su madre sufrió un ataque al corazón del *shock* y falleció casi al instante tras la conversación telefónica. El hijo que marchó a Afganistán en 1980 y daba por muerto, resultaba que estaba vivo. Khakimov tenía 18

tes de marchar al frente. Su familia no volvió a saber nunca más de él, y lo dio por muerto. Su novia, que en realidad se llamaba Jadicha, se resistió inicialmente a aceptar lo que todo el mundo consideraba cierto. Si nadie había encontrado el cuerpo, ni existían pruebas fehacientes de que lo hubieran matado, ¿quién podía asegurar que Khakimov hubiera fallecido? Lo esperó pacientemente durante nueve años, pero después se dio por vencida: se casó con otro hombre y tuvo tres hijos. La reaparición ahora del novio que consideraba muerto le da escalofríos.

De todas formas, Khakimov ya no es el joven imberbe de la foto que la chica conoció, sino un hombre con aspecto de viejo, barba gris, piel curtida por el sol y un tembleque incesante en las manos, que no puede evitar a causa de un Parkinson galopante. Incluso su nombre ha cambiado. Ahora le llaman Sheij Abdullah. Así le bautizaron en Afganistán tras resultar gravemente herido y quedarse ya en ese país. De hecho, a simple vista parece un afgano más, que viste a la manera tradicional con *shawal kamize* y un *pakool* en la cabeza, y no un uzbeko nacido hace 48 años en Samarcanda, de padre armenio y madre rusa.

**SU MADRE SUFRIÓ UN GRAVE ATAQUE AL CORAZÓN TRAS HABLAR CON SU HIJO. IMPRESIONADA POR SU VUELTA, MURIÓ**

años cuando se fue como voluntario del Ejército soviético a la guerra en Afganistán. Entonces era un joven apuesto, imberbe y con cara de niño, que posaba serio y con uniforme militar en la fotografía en blanco y negro que le tomaron en el cuartel an-

El Comité de Combatientes de la antigua URSS, que se dedica a buscar a los desaparecidos en la guerra afgano-soviética, lo localizó hace un par de meses en la provincia de Herat, en el noroeste de Afganistán, y presentó el hallazgo a la prensa co-

mo si fuera el descubrimiento del siglo. Medios de comunicación de medio mundo se hicieron eco de la noticia, pero pocos consiguieron hablar con el soldado. «Vive en el distrito de Shindand, una zona controlada por los talibán, y no tiene teléfono móvil», explicó un miembro del comité, Alexander Lavrentiev, a esta periodista para justificar que fuera imposible contactarle. «Lo único que sabemos es que reside a 40 kilómetros de la frontera de Irán», añadió, sin aclarar cómo entonces él se las había arreglado para encontrarle.

En efecto, Khakimov vive en Shindand, pero es falso que no tenga teléfono móvil o que esté ilocalizable, como aseguraba el Comité de Combatientes. Otra cosa es que le convenga que el soldado hable con la prensa. Sólo dice pestes sobre la Unión Soviética. El propio Khakimov se desplazó a la ciudad Herat, la capital provincial donde la seguridad es relativamente buena, para asistir a la entrevista a petición de *Crónica*. De entrada, se muestra tímido y expectante ante las preguntas de la periodista, como si hubiera hecho una diablura que tuviera que justificar.

«Llegué a Afganistán en 1362», empieza relatando, haciendo referencia al calendario persa vigente en Afganistán, y no al gregoriano de la antigua Unión Soviética. Cuando en Afganistán era 1362, corría el año 1983 en la Unión Soviética, y miles de sus soldados habían invadido el país asiático para hacerse con su control. Khakimov era uno de ellos.

«Luché durante tres años. Primero, cerca de la ciudad de Herat, y después, un poco más al sur, en el distrito de Shindand», narra con total naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo irse a la guerra y estar 36 meses seguidos en el frente, sin descanso alguno. Pero en Shindand la suerte que le había acompañado durante tres años se esfumó de golpe, y resultó gravemente herido en una emboscada.

## DOS BALAZOS

No murió de milagro. Una bala le perforó la cabeza, asegura. Y por si fuera poco, «otra le dio en la espalda», apunta Al Haj Sayed Abdul Wahab Qattali, que le acompaña en toda la entrevista, sentado a su lado, sin perder detalle. «¡Ah, sí, es verdad, fueron dos balas! ¡Ya no me acordaba!», replica Khakimov riéndose por su despiste, y tocándose la espalda con una mano. Qattali, originario del pueblo de Bagojé, era un comandante *muyahidín* del oeste de Afganistán, a quien Khakimov ahora llama «padre» porque lo considera eso, su padre afgano. Cuando cayó herido, quedó medio moribundo en Bagojé, mientras sus compañeros de armas huyeron dejándolo atrás. Qattali ordenó a los *muyahidines* que lo curaran en vez de que lo remataran, que hubiera sido lo más sencillo.

«Cuando abrí los ojos, vi un techo con travesaños de madera y entendí que estaba en una zona montañosa, y que me habían detenido los *muyahidines*», recuerda Khakimov. Pero no podía hacer nada. Él seguía inmóvil en un camastro, y no tenía ni idea de dónde estaba. Unas doctoras francesas le extrajeron las balas de





la cabeza y la espalda. Los vecinos del pueblo se encargaron de limpiarlo y cambiarle los vendajes durante toda su convalecencia. Tardó un par de meses en volver a andar de nuevo, y mucho más tiempo en recuperarse del todo. Khakimov asegura que no lo trataban como a un preso, sino como a un invitado. Incluso le iban a buscar cigarrillos a otra aldea

**Frente a un helicóptero soviético, Bakhretidin Khakimov sostiene el único retrato que conserva de cuando era un soldado de la antigua URSS.** / M. BERNABÉ

cuando él se moría de ganas por un pitillo. ¿Por qué no regresó a casa entonces? El ex soldado se encoge de hombros. «¿Cómo?», se pregunta. No sabía a qué distancia se encontraba de Uzbekistán, ni si él estaba en el norte, sur, este u oeste de Afganistán. «Tampoco existían carreteras», añade. Hubiera sido como ponerse a andar sin rumbo en medio de un desierto, pero con el agravante de que él se encontraba en lo alto de una montaña.

A pesar de la hospitalidad afgana, Khakimov reconoce que sus inicios en aquel país fueron duros. Los afganos hablaban persa, y él sólo sabía uzbeko o ruso. Entenderse era una odisea. Recuerda que los *muyahidines* le repetían en árabe constantemente: «Dios es uno y Mahoma, su profeta», para así animarle a convertirse al islam. «Yo no comprendía nada, y pensaba que el tal Mahoma era un líder *muyahidín* más», explica entre risas. Pero una noche soñó que se le aparecía un hombre con barba y túnica blancas, y se despertó de golpe repitiendo la famosa frase. Pensó que aquello era una señal, que quería decir algo, y decidió hacerse musulmán, adoptar el nombre de Sheij Abdullah y convertirse en un loro de repetición. «Me fijaba en cómo los afganos rezaban y cómo se lavaban pies y manos antes de orar, y yo hacía lo mismo».

Después empezó a chapurrar persa y descubrió que el Gobierno soviético lo había llevado engañado a Afganistán, asegura. «A los soldados nos habían dicho que Afganistán formaba parte del territorio de la Unión Soviética, no sabíamos que fuera un país independiente. Pensábamos que los afganos eran los invasores, no nosotros», comenta. Cuando se enteró, no daba crédito. ¿Entonces era al revés? ¿Los soviéticos eran los invasores? Aquello no podía quedar así y decidió ponerse del lado de los *muyahidines*. Total, a él le habían tratado muy bien. «Me dispararon dos tiros. Me podrían haber disparado un tercero y rematarme, y no lo hicieron», justifica. Esas gentes se merecían que él les ayudara a luchar contra los invasores de verdad: sus propios compatriotas soviéticos.

«Sí, sí, claro que he matado», contesta asintiendo con la cabeza, cuando se le pregunta si realmente abrió fuego contra las tropas de su país. Admite que le hubiera gustado no disparar contra los soldados rasos que, como él, fueron a Afganistán engañados. «Pero no me quedó más remedio. Si quería ma-

tar a los oficiales que me mintieron a mí y al resto de la tropa, tenía que matar antes a los soldados que los protegían», justifica.

Combatió al lado de los *muyahidines* durante seis años, de 1986 a 1992, hasta que éstos invadieron Kabul y echaron al presidente Mohammad Najibullah del Gobierno. Khakimov se trasladó entonces a la ciudad de Herat y se convirtió en un soldado del Ejército afgano, hasta que los talibán se hicieron con el control de casi todo Afganistán en 1996, y entonces él cambió de chaqueta temporalmente. Se puso del lado de los talibán durante medio año para evitar que le mataran por ser un correligionario de los *muyahidines*, y huyó de nuevo a Shindand en cuanto tuvo una oportunidad. «Quería apartarme de la guerra, no estar involucrado. Estoy dispuesto a defender Afganistán de invasores extranjeros, pero no a luchar entre afganos», argumenta.

En Shindand se convirtió en una especie de curandero y así se ganaba la vida, pues experiencia no le faltaba con sus propias heridas de guerra y lo que había aprendido en el frente, tras tantos años combatiendo. Se casó con una joven afgana, pero a los dos años de matrimonio enviudó: ella murió en el parto de su primer hijo, que tampoco sobrevivió.

Su vida transcurría apaciblemente en Shindand hasta que hace un año el representante del Comité de Combatientes de la antigua URSS, Alexander Lavrentiev, apareció en la provincia de Herat con un puñado de retratos en blanco y negro de soldados soviéticos desaparecidos. Qattali llevó las fotografías a Shindand, y Khakimov se reconoció en una de ellas. «¡Este soy yo! ¡Me están buscando!». No pudo ser mayor su sorpresa.

#### REENCUENTRO FAMILIAR

«Le pedimos que nos devolviera documentación de guerra, a cambio de que nosotros les trajéramos a Khakimov desde Shindand», Qattali explica que ése fue el acuerdo al que llegó con el Comité de Combatientes para que el soldado soviético pudiera contactar de nuevo con su familia. Sin embargo, malas lenguas aseguran que los *muyahidines* exigieron una gran cantidad de dinero y el comité no tuvo reparo en pagar. Sea como sea, Khakimov se desplazó a la ciudad de Herat y habló por fin con los suyos por teléfono.

«Pues nada, le saludé», contesta vagamente, cuando se le pregunta qué fue lo primero que dijo a su hermano después de tres décadas. La conversación no fue fácil. A duras penas podía entender uzbeko o ruso, y también le costaba articular palabras. «Ahora Qattali me ha comprado una antena satélite para que vea la televisión uzbeka y refresque la memoria», explica contento.

Khakimov pretende regresar a Uzbekistán para reencontrarse con su familia, e incluso con su antigua novia. Pero después volverá a Afganistán porque, asegura, ocurra lo que ocurra, su lugar está en el país que le perdonó la vida.

Con información de Xavi Colás (Moscu)



## LOS OCHO DESERTORES DE LA DIVISIÓN AZUL

Una fotografía fijó el instante de la desertión. Las manos en los bolsillos era la certificación de su adiós a las armas. Muy pocos de aquellos fugitivos llegaron a empuñar los fusiles del Ejército Rojo. En las guerras nadie se fía de los traidores. La mayoría fueron tratados como presos y enviados a los campos de trabajos forzados con el resto de los prisioneros españoles. La imagen aparece en un informe secreto del PCE fechado en 1941, donde también se da cuenta del arresto de otros 26 españoles de la División Azul. Son los ocho divisionarios del archivo del PCE. Están identificados siete: Vicente Calvo, Emilio Rodríguez, Antonio Pelayo, Eustaquio Guerrero, José Sojo, José Gutiérrez y Antonio Canales. De los ocho, sólo el primero (Calvo) regresó a España en 1954 a bordo del *Semíramis*. Los otros decidieron quedarse en Rusia. Algunos para siempre. Y es que al igual que sucedió en Afganis-

tán con soldados soviéticos o en Vietnam con combatientes de EEUU, también algunos soldados españoles se quedaron para siempre, una vez terminada la II Guerra Mundial, en la Rusia comunista que fueron a combatir. Es la historia menos conocida de la División Azul. La crónica de los divisionarios que empezaron una nueva vida después de vestir la camisa azul. Porque de los casi 50.000 soldados españoles que combatieron (cerca de 5.000 murieron en combate y aún reposan sin identificar bajo la tierra rusa), en torno a 75 se hicieron soviéticos y se quedaron allí a vivir. Y entre estos 75 hubo de todo: alrededor de 33 desertores y otros 40 que, aún siendo prisioneros, se integraron en los llamados «grupos antifascistas» y colaboraron con la M.V.D (policía de Stalin) ejerciendo labor de control y delación contra sus ex camaradas. Así de tristes son las guerras. / J. CASTRO-VILLACANAS

## EL "HÉROE" QUE SÓLO QUERÍA DINERO FÁCIL

El helicóptero del sargento John H. Robertson fue abatido en 1968 durante una operación de los boinas verdes. Su cadáver nunca apareció. Pero el Pentágono lo considera «caído en acto de servicio» y su nombre está grabado en varios monumentos a los caídos en Vietnam. El cineasta canadiense Michael Jorgensen asegura haber encontrado al sargento en una aldea vietnamita y cuenta su historia en un documental a punto de estrenarse. Pero las autoridades mantienen que el protagonista del filme no es el sargento desaparecido sino un impostor de origen francés llamado Dang Tan Ngoc. No es la primera vez que Ngoc (76 años) se hace pasar por el sargento. El Pentágono ase-

gura que empezó a hacerlo para intentar ordeñar las compensaciones de guerra y que lo desenmascaró al cotejar su ADN con el del fallecido. El tipo llegó a convencer a la hermana del soldado. Pero no a las autoridades de EEUU. Esta semana confirmaron que es un estafador. / EDUARDO SUÁREZ (Nueva York)

